



Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús

C. C. 4ª PE /2006 - 09

Roma, 30 de setiembre de 2009

Muy queridos Profesora/or o Trabajadora/or de nuestros Colegios:

¿Por qué será que, estos cuatro años, cuando me dirijo a ti, siento una alegría especial que me hace pensar si sois, acaso, hijos predilectos? No deja de sorprenderme, porque aprecio y respeto mucho a las madres y padres de nuestros alumnos, puesto que se han fiado tanto de nuestra Institución que nos han confiado a sus hijos, el tesoro más grande que tienen, no sólo para que cuidemos de su integridad física, de su esparcimiento y, en muchos casos, también de su alimentación, sino, ante todo, para lo más valioso: que los formemos humana, intelectual y espiritualmente.

Paso luego, a pensar en nuestros alumnos, chicos y grandes, que son la razón de ser del Colegio. Por lo mismo ¿hacia quién mejor que a ellos puedo encaminar mis predilecciones? Hacia nadie. Imposible. Durante muchos años bregué y me entusiasmé con ellos, en las aulas, en la capilla, en los patios, en los comedores, en excursiones, en peregrinaciones, ¿qué se yo, en cuántos lugares? Ellos eran, y son, mi preocupación, mi esperanza, mi dolor, mi gozo, ¿Entonces? ¿Por qué esta alegría incontenible que me invade cuando voy a tratar contigo? Lo reflexiono, lo oro y llego a una conclusión:

Tú eres para mí, como otra prolongación de mi ser y actuar. Conoces que el contrato de tu trabajo se basa en una forma legal, pero, es justo, también en lo moral debes comulgar con el Ideario de nuestros Centros. Es lo que da sentido a tu presencia en ellos. No quiero hacerme repetitiva, por eso te remito a las 3 cartas que te he escrito con anterioridad. Las encontrarás, en lo relativo a los Colegios, en la página Web, www.hijasdesantamariadelcorazóndejesus.org Te agradecería mucho, que revisaras su contenido. Hazlo reflexivamente. Entonces entenderás la peculiar alegría que me invade al escribirte. Confío en ti y si te siento prolongación de mi ser y actuar es porque te considero, como a toda Hija de Santa María que se afana en los Colegios, el mejor amigo y colaborador en la maravillosa labor que se nos ha encomendado.

Con intención de obtener una visión más completa, contempla a los miles de alumnos que se forman en nuestros Centros, los que ya han pasado, desde hace más de 50 años, y los que seguirán pasando a lo largo del tiempo que Dios quiera. Constituyen una muchedumbre considerable que tendrá un peso real en la sociedad, tanto cuanto más nos responsabilicemos en quererlos, en ayudarlos, en enseñarles las materias que, según los diversos planes de estudios, han venido a aprender, y también todo lo contenido en el Ideario.

Contempla luego, a los grupos más reducidos que te incumben más directamente. Necesitan de nuestra cuidada profesionalidad, de nuestra vocación de educadores que nos sitúa no frente a ellos sino cerca de ellos, para comprenderles, para corregirles, para estimularles, para cooperar con cada uno en el desarrollo de sus capacidades de aprendizaje y de sus valores humanos y cristianos.

Puedes pensar: "Para lo último, ya están ustedes, las Hermanas." Pero no, hijo, entiéndeme. El Colegio total lo conformamos, como educadores y formadores, tú y yo. Bastante difícil se lo pone la sociedad a nuestros jóvenes para que, incluso en el interior del propio Centro, se produzca una dicotomía entre nosotras y vosotros. Tampoco es valedero que argumentemos: "Cada uno a lo suyo, respetando a los demás" Con eso, contamos, porque siempre ha existido. Pero te voy a hacer una sugerencia:

Considera con cariño, cómo eran los hábitos, en materia moral, de tus abuelos. Desciende a la generación de tus padres; luego a la tuya, la de tus hermanos, primos y amigos. Según la edad que tengas, si procede, baja a la de tus hijos y sobrinos. ¿No descubres que el listón está bajando en forma alarmante, de generación en generación? Las leyes, con supuesta apariencia de proteger la libertad de nuestras muchachas y muchachos, están en realidad, desprotegiéndolos, dejándoles al descubierto, frente a sus errores y pecados. Más bien se los potencian.

¿A dónde vamos? Estamos en unos momentos cruciales de la historia. No podemos escapar a la realidad de que hemos llegado al borde de un abismo. Tampoco podemos ser pesimistas. Cristo estará con nosotros hasta la consumación de los siglos. Al otro lado de ese abismo hay otra orilla que será una nueva floración de la Iglesia. Pero hay que alcanzarla saltando las simas que amenazan. El momento es difícil. Dios nos ha escogido para vivirlo y debemos agradecerle esa elección. Si nos hacemos plenamente conscientes de las crisis agudísimas que atravesamos, viviremos alertados, luchadores, dispuestos a ser puente entre una orilla y la otra. Puente firme que resista a la atracción del precipicio y sobre el que pueden soplar fuerte, sin destruirlo, las corrientes desorientadoras de los que vacilan entre la verdad y la mentira. Puente que ofrezca, en su aguante de dolor y de vértigo, una seguridad a los que quieren apoyarse y pisar en él para pasar a la otra orilla. De entre nuestros muchachos, si reciben en el Colegio una unidad de criterios en lo fundamental, muchos querrán pisar seguros y felices, sobre el puente que les ofrecemos tú y yo.

Realmente, ¿qué deseáis, cada uno de vosotros, para vuestros hijos y nietos? Si los tienes, piensa en ellos con ternura. Y si no los tienes, imagínatelos con el mismo cariño. Seguro que quieres una formación que les libre de ser sujetos de una sociedad que, en gran parte, ha perdido el norte.

Esto es un poco de literatura y un mucho de realidad. Si es así, ¿qué sentido tiene que, entre nosotros haya creyentes, indiferentes, agnósticos, todos dando vueltas en el mismo bombo, por muy buenos profesionales que seamos, cada uno en nuestra especialidad u oficio? La formación que salga de un tal desbarajuste, será deslavazada e impersonal. Así no haremos recios a nuestros jóvenes.

Convengamos que hemos de ser un Centro educativo homogéneo, armónico, unido. Lo cual no significa que seamos todos del mismo color y con el mismo tono; única sinfonía, con la misma nota y pulsada por idénticos instrumentos. Me encanta la pluralidad y me cansa la monotonía. Te quiero a ti, tal como eres, buen entendedor. Seguro que no necesitas muchas más palabras para comprender que, si hay cosas que cambiar, ¡vaya que las hay, en ti y en mí! que las cambies, pero ¡ya! Nuestros muchachos lo necesitan y yo, que termino la carta con la alegría con que la comencé, lo espero. El primer beneficiado serás tú. Gracias y hasta siempre.